



CARTA AL EDITOR

La realidad colombiana de un médico en pandemia

Joan Camilo Piedrahita-Mejía ¹

1. Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. Correo: jcamilo.piedrahita@udea.edu.co - <https://orcid.org/0000-0001-5663-8781>

Señor Editor:

El mundo ha cambiado, lo que antes parecía ficción se ha convertido en la nueva cotidianidad, una cultura en proceso de adaptación que invita a la reflexión individual y colectiva de todas las esferas sociales en relación con los nuevos métodos y medios de comunicación y de interacción con los otros.

A través de la historia, el médico ha sido clave para el desarrollo de la humanidad. Miles de científicos que intentan descubrir la relación entre el cuerpo y la mente humana con el entorno y sus consecuencias. La pandemia producida por el SARS-CoV2 agente causal de la enfermedad COVID-19 que tiene en apuros al planeta, ha reformado las dinámicas políticas, económicas, culturales, comunicacionales, los procesos de enseñanza-aprendizaje y la atención médica. Nuestra sociedad como la conocemos parece estar en *jaque*, no solo por el riesgo biológico, sino también por el terrorismo y la desinformación que inundan los distintos medios para generar a veces protagonismo mediático, produciendo más pánico y desorientación a la comunidad.

Tener el control en medio de una pandemia a gran escala como esta sería un ideal. Para los médicos y demás personal de salud pública disminuir la propagación y los efectos de la infección se ha convertido en una carrera contra las malas costumbres, la ignorancia, la desinformación, la violencia, el hambre, la ansiedad y el cinismo. Nadie pudo estar preparado, ni lo está. Países de Europa con mejores sistemas de salud para el acceso y atención de pacientes han tenido que activar

códigos de guerra donde deben decidir a quienes podrán ofrecer una cama de cuidados intensivos o un ventilador debido a la saturación rápida de los servicios de salud.

Muchos esperan una cura, una vacuna, un ungüento o que una oración milagrosa nos proteja, pero la protección está en nuestras manos y en nuestro amor por el prójimo; lavarse las manos de manera constante, usar el tapabocas correctamente y distanciarse son medidas suficientes para disminuir más del 50% el riesgo de infección. No debería ser difícil, no debería... Los médicos de Colombia se exponen a un virus que no pueden controlar y al peor de los males, la ignorancia humana. Algunos no creen en la infección y salen de sus casas por necesidad y otros por diversión, expresan *discomfort*, y juzgan como si el universo los hubiese dotado de los más altos conocimientos en medicina y epidemiología, así como cuando discuten de fútbol y telenovelas. Pero lo más preocupante es cuando se atreven a culpar al equipo de salud por infectarse.

Es triste ver a personas que sacrificaron la juventud, el tiempo en familia, los días festivos y las noches en el hogar por el bienestar de la humanidad, la misma que particularmente en Colombia se ha convertido en el blanco de amenazas, insultos y asesinatos. Lo que vive el gremio es una comedia mal protagonizada; al inicio del día la gran mayoría se pregunta si realmente necesita ir a trabajar y surgen otras como: ¿valdrá la pena el riesgo de infección personal y el de mi familia por un sueldo atrasado?, ¿justifica salir para ayudar a personas indolentes que nos atacan y no valoran la profesión?, ¿es justo defender un sistema en el que no se garantizan los cuidados ni elementos de protección personal

suficientes para poder atender adecuadamente?, ¿será necesario vivir como un mártir solo por hacer lo que amamos? La ansiedad y la preocupación ronda a diario al tiempo que la enfermedad y la muerte danzan por los pasillos de los hospitales. El personal de salud termina cansado y agobiado por el uso prolongado de una mascarilla que limita la respiración y marca su piel, por vestirse con trajes que hacen sudar una maratón y deshidrata los cuerpos rápidamente, por las jornadas de trabajo extenuantes que aceleran el reloj mientras absorben la juventud. Todos viven una vida en solitario que parece calmar sus demonios unas pocas horas al día cuando se intercambia tiempo de sueño y descanso por amor familiar, porque en Colombia parece que los médicos y el personal de salud no tienen los mismos derechos que los demás.

A pesar de que la escuela de medicina está llena de personas excepcionalmente inteligentes, centinelas que no duermen para poder brindar con astucia y sabiduría los mejores consejos, realizar las mejores cirugías, de hombres y mujeres que desearían ser perfectos no por ellos si no para los otros, aun así, se sienten infravalorados, atacados, amenazados, desprotegidos por el gobierno, el sistema y la nación. Porque no es para nada fácil ver el sufrimiento humano a la cara cada segundo, no es fácil ver a un niño de tres años sangrando a punto de morir por violación, no es fácil ver mujeres golpeadas por aquellos hombres a los que juraron amar y proteger, ver a hombres sentirse morir ahogados por un enemigo invisible y del que todos huyen, menos nosotros. Saber no basta, estar en las mejores escuelas no es suficiente, obtener 4,5 en los cursos de la universidad no te enseña que después de resolver un caso difícil o perder la batalla contra la muerte, debes recomponerte en pocos segundos y seguir atendiendo a más pacientes que esperan por tu ayuda.

En la práctica médica no existe texto, filosofía o movimiento que sea capaz de abarcar la avalancha de sentimientos que invaden al ser cuando se está al

frente de alguien que confía sus esperanzas, sueños y frustraciones en ti. La ética nos eleva el nivel de auto exigencias que sobrepasan la lógica de la sociedad actual moderna; la mayoría del personal de la salud desarrolla una especie de obligación permanente del saber para poder actuar de la manera más humana, responsable y con sapiencia para tomar decisiones que pueden salvar la vida de un ser humano.

La sociedad colombiana siempre ha tenido la salud en sus manos; las buenas costumbres, la sana alimentación, el deporte, la educación, y en pandemia; el distanciamiento social, la limpieza continua de las superficies, el uso del tapabocas y el lavado de manos pueden contener lo que parece imposible de controlar. No es solo la lucha contra un virus altamente virulento, es también un llamado a regresar a las sanas costumbres mientras aprendemos a vivir con lo necesario, generando nuevas consciencias sobre lo material y lo espiritual, respetando la vida cuando nos reconocemos en los otros.

No solo sufre el sector salud, pero si la salud de un país que se *desangra*, que enloquece y se desenfrena fácilmente por no tener el control de su libertad, que juzga y que llora al sentirse limitado a la espera de no ser tachado con un diagnóstico que aleja a los seres queridos. Estoy convencido que el *sangrado* puede ser contenido si cada colombiano se cuida a pesar de las limitaciones, si contribuye con lo que sabe y con lo que hace, porque solo una sociedad con empatía podrá transformar el panorama previsto por las tendencias y estadísticas vaticinando entonces un mejor futuro para nuestra nación.